

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT, EL REY DE LOS ESCRITORES DECADENTES ESPAÑOLES

Creo que fue en el ensayo *Corsarios de guante amarillo*, de Luis Antonio de Villena, donde tuve la primera noticia de Antonio de Hoyos y Vinent, el rey de los escritores decadentes españoles. Después me lo crucé en algún artículo o prólogo, pero no pude leer ninguna de sus obras, en su mayoría descatalogadas. Villena, propagandista y en cierto modo heredero de Hoyos, señalaba en la obra citada: «Antonio de Hoyos y Vinent fue una gran máscara. En él es más importante el personaje que la obra, y ésta cobra más interés como prolongación de una vida que se quiso arte y escándalo (...) El lujo, la decadencia, los placeres prohibidos, la sensación a la par de sensualidad, pecado y misticismo, se mezclaban en él, entre el oropel brillante de sus poses y atuendos, con el arrabal de la torería, el cuplé y los proxenetas». Por fortuna, la editorial El Desvelo acaba de recuperar para los interesados *El pecado y la noche*, uno de sus títulos más característicos.

Daremos que Antonio Hoyos y Vinent nació en el seno de una familia aristocrática, hijo de Isidoro de Hoyos y de la Torre, marqués de Hoyos y Grande de España, y de Isabel Vinent y O'Neill, marquesa de Vinent (él acabaría heredando el marquesado). Estudió en el prestigioso colegio jesuita Theresianum de Viena (donde su padre era embajador), y más tarde en la Universidad de Oxford y en la Universidad Central de Madrid, donde se licenció en Derecho, aunque nunca ejerció como abogado. Su formación cosmopolita le permitió dominar varios idiomas y absorber influencias literarias de autores como Wilde, D'Annunzio, Huysmans y Jean Lorrain (su verdadero modelo literario y vital), que moldearon su estilo decadentista.

Su infancia estuvo marcada por el lujo, pero también por la tragedia personal: a los dos años contrajo sarampión, lo que le provocó una sordera progresiva que lo aisló parcialmente del mundo. (Otras fuentes señalan una infección mal curada en Viena el origen de su sordera). Este padecimiento lo obligó a comunicarse mediante gestos, la escritura y lectura de labios, lo que influyó en su carácter y gustos. Su estilo de vida excéntrico y bohemio, su homosexualidad, su dandismo y su gusto por el lujo, lo convirtió en una figura popular, controvertida y fascinante de su época.

A pesar de sus orígenes familiares, abrazó el anarquismo durante la Segunda República, militando en el Partido Sindicalista de Ángel Pestaña y colectivizando sus propiedades durante la Guerra Civil. Colaboró intensamente en el periódico anarquista *El Sindicalista* con artículos incendiarios que le pasaron factura después del conflicto. Su imagen durante este período, paseando por el centro de Madrid con un mono azul de seda, pistola al cinto y monóculo, se convirtió en una estampa legendaria. Tras la guerra, fue detenido en abril de 1939, acusado de adhesión a la rebelión, y condenado a 30 años de prisión. Murió el 2 de junio de 1940, a los 56 años, en un estado de total abandono. Su muerte pasó desapercibida en la España de posguerra, y su obra cayó en el olvido.

César González Ruano, que lo trató bastante, dijo sobre esta súbita adhesión anarquista: «Un extraño rencor social le fue inclinando disparatadamente a las izquierdas, donde en realidad nada se le podía haber perdido». También lo describe como «un hombre grande, casi atlético, de tipo sajón, completamente sordo, muy frívolo, pero de evidente talento, que dejó varias novelas menos buenas de lo que él creía y mucho mejores de lo que se dice, o se ha dicho, porque en realidad nadie ha vuelto a recordarle».

La literatura decadente se caracteriza, de nuevo en palabras de Villena, por dos aspectos: «De un lado, la excepcionalidad de personajes y temas [...], de sucesos peculiares que suceden a seres peculiares. De otro lado, esos personajes, en algún modo se moverán entre la marginalidad y el exceso». Fenómeno sociocultural complejo, el decadentismo es una

respuesta al positivismo reinante, a la prosaica vida burguesa, una apuesta por la trasgresión, por la ambigüedad y por la singularidad. Pues bien, Antonio de Hoyos y Vinent dio a la imprenta varios libros de relatos, entre los que destaca *El pecado y la noche* (1913), una colección de catorce textos de variada extensión que tienen en común la presencia de la muerte y de un erotismo perverso y mórbido. «El pecado y la noche —escribió Hoyos en una entrevista de 1916— es el *leimotif* de casi todos mis libros. ¡Vagar por las calles extraviadas a altas horas de la madrugada, curiosear todos los rincones, asomarse a los antros!...».

Obviamente, nadie debe buscar en estos relatos profundas caracterizaciones de personajes ni complejos conflictos personales, sociales o morales; tampoco una escritura de perfecta arquitectura y gran belleza formal. El valor de estas narraciones está en la descripción de ambientes equívocos y malsanos, y en la resolución de las historias, siempre inesperada y escabrosa. Como hemos dicho, la influencia y el magisterio de Jean Lorrain es más que evidente, pero sin alcanzar ese decadentismo refinado y existencial del francés. Por estos relatos pululan aristócratas decrépitos, jovencitos de ambos sexos, busconas, chulos, toreros, hampones y un puñado de especímenes marginales tanto de la aristocracia y la alta sociedad como de la bohemia y los bajos fondos. El libro pertenece al período más fértil y de mayor éxito de Hoyos, el que va desde antes del comienzo de la Gran Guerra hasta mitad de los años 20, cuando su popularidad comenzó a mermar. Obras como *La vejez de Heliogábal* (1912), *Los cascabeles de Madame Locura* (1916), *Las ciudades malditas* (1922) o *Aromas de nardo indiano que mata y de ovonia que enloquece* (1926) se encuentran entre lo mejor de su amplísima producción y entre lo más salvaje de la narrativa popular de la época.

Andrés Trapiello opina en *Las armas y las letras* que «lo mejor que puede sucederle a la literatura [de Hoyos] es que no se reedita jamás». Naturalmente, podemos estar en desacuerdo con él. Es cierto que la narrativa de Hoyos y Vinent —como casi toda la literatura decadentista— suele ser escandalosa, frívola, recargada y repetitiva; sin embargo, también

resulta entretenida, insólita y desinhibida. En cualquier caso, toda ampliación del canon de la literatura española (en autores, temas y estilos) es beneficiosa para el lector porque le ofrece una mayor variedad de elección y el acceso a ciertas obras alejadas de nuestro omnipresente y prosaico realismo. En ese sentido, *El pecado y la noche* es un ejemplo destacable.

José Luis Rodríguez



EL PECADO Y LA NOCHE
Antonio de Hoyos y Vinent
El Desvelo 256